

participaba de sus escasos fondos, y me presentó á su padre, quien me acogió con tierno cariño, haciéndome leer y releer á Canga Argüelles, la ordenanza de Intendentes, Ripia de Rentas reales, los muchos y buenos informes de D. Ignacio de la Barrera sobre alcabalas, y, por fin, me recomendó con el Sr. Pavón, quien tenía real importancia como sabio y como digno y levantado en el cumplimiento de sus deberes de Magistrado y de Director general de Rentas.

Pero no obstante mi buena expectativa de empleo, el tipo del empleado viejo me calosfriaba, y estaba con una sogá á la garganta las horas de oficina, siendo festosísima mi reunión á los capenses, mis coplas y mis relaciones *de compromisos* en la frente y tuniquillos de carrancán, así como mis ensueños con las de peinetas, de pico ó de gajos, las de mangas abultadas y zapatitos de raso chino y media de seda.

El tipo del empleado viejo, como decía, el presentado como modelo, el digno vástago de Unzueta y Bando-lan, hasta hoy me espeluzna.

Pongámosle por nombre Decomiso.

Era un señor de piel apergaminada, cara larga, ojos hundidos tras largas cejas, cabello ralo que dejaba ver el carril de la calva sujeto con una peinetilla de carey y un simétrico nudito sobre la frente.

En la parte superior de la mesa estaba la gran papelera coronada con tintero, oblera y marmajero; un trapillo para limpiar las plumas y una ampolleta de vidrio verde para que se remojasen.

En el suelo había una salea para los pies, una baci-nilla y hueco separado para colocar un canasto cuando el caso lo requería.

Después de bien lavado D. Decomiso con agua tibia y su poquito de aguardiente, y de desayunarse con chocolate de Ambriz y rosca de manteca, se dirigía á la misa de 8 al altar del Perdón, asistiendo al Santo Sacrificio hincado sobre su extenso paliacate.

Dirigíase á su oficina, donde se presentaba al portero para que le apuntase la hora de entrada; antes de sentarse coloca su sombrero en la pared en lugar á propósito, sobre un pliego de papel pegado al muro con obleas; sacude la mesa y la rueda en que se sienta, abre la papelera, donde campea falsa, regla y cortaplumas, lacre, goma en polvo para las raspadas y una manga de brin para resguardar el brazo derecho de los percan-ces del trabajo.

Nadie como D. Decomiso para la observancia de todas las formalidades, el cuarto margen del oficio con la ceja para la costura, el expediente con sus fechas y referencias, sus cuatro puntadas, gaza y ñudo. La inserción con sus comillas correspondiente, la antefirma, etc.

No olvidaba, ni por todas las nueve cosas, á quién correspondía el título y el tratamiento y *sobre todo* los conductos para no salvarlos y ponerse en ridículo.

Era de verlo cuando hacía un informe de empeño, poner sobre la papelera un cuadro de madera con su tafetán verde para interceptar la luz, hundido entre los

tomos de Arrillaga y de la ordenanza de intendentes ó Pinilla, lince para descubrir contrabandos.

El punto de partida de su juicio, era que todos los comerciantes son ladrones, y que el mejor empleado es el que más creces procura al fisco, aunque sea dejando en cueros vivos á los causantes, con ó sin razón.

*La pauta de comisos* era su idolatría; le llamaba su ratonera, porque el infeliz que caía en ella por la más leve omisión, podía contarse con los muertos.

Tenía odio contra los comerciantes; se le figuraba que traicionaba á la patria si les concedía la razón, aunque la tuvieran.

Una vez que se le consultó sobre los derechos de unas sardinas que se habían corrompido, opinó con sutilísimas razones que debía pagar el aceite que contenían las latas; otra vez que derritió en los almacenes de la oficina el azúcar una gotera, opinó que se cobrase como melaza la azúcar á medio derretir, y un nombre, una letra confusa, una coma, eran bastantes para consultar la pérdida del efecto y el vehículo que lo conducía.

Aquel cerebro tenebroso, en que como en bodega sucia y llena de estorbos existían los recuerdos del Virreinato, las doctrinas de la inquisición que graduaba de herejes á los contrabandistas, los fallos del tribunal especial, etc., era un hervidero de acusaciones y maldades barnizadas, con el amor á los intereses públicos, el celo por el buen servicio y las creces del exhausto erario. En las reformas burocráticas Decomiso era un astro de primera magnitud.

A cada momento interrumpía sus informes para encomendarse á San Matías ó San Juan Nepomuceno, estampas que tenía al reverso de su papelera y á las que profesaba especial cariño. Se me olvidaba decir que tenía en perpetuo movimiento sus instrumentos de sacar lumbre: piedra, yesca y eslabón, y que estaba envuelto en una nube de humo, porque fumaba sin cesar.

Daba tregua á sus tareas con la llegada del almuerzo; la papelera alzaba su tapa y en su fondo lucían los bocaditos sabrosos, los frijoles compuestos, las tostadas y otros primores inventados ó solicitados por la gula.

Se deja entender que no faltaba su botellón de pulque y su vaso colosal.

Repleto el anciano y medio dormitando siempre en su asiento, recibía la visita de algún subalterno que le hablaba de los toros ó de la comedia; que le entretenía con alguna relación de festividad eclesiástica ó que le proponía, ya una cuenta como enigma; ya la descifración de un jeroglífico, ya un letrero que se leía lo mismo al revés que al derecho, como *dábale arroz á la zorra el Abad*, ó la lectura de los versos á la Virgen de Guadalupe hechos con figuras *Dedos esferas osa grada aurora. La grata Trinidad os muestra reina.*

En estas y las otras daban las tres y se retiraba nuestro héroe á comer y á dormir la siesta, cada día más perezoso, más feliz y más bruto; eso sí, con su conciencia tranquila, aunque le debían la ruina muchos desgraciados.

Volviendo á Payno, se me pasó decir que su primera

educación de niño fino, la piedad de la Sra. Cruzado su mamá, y otras circunstancias, lo endilgaron á la Iglesia y figuró como pajecillo del Sr. Obispo Belaunzarán, el mismo heroico padre que contuvo enérgico y sublime el degüello de Guanajuato, enfrenando con su palabra elocuenté y su actitud resuelta la ira brutal del sangriento Calleja.

Aunque el temprano siervo de Dios, hablo de Payno, colgó la sotana por incompatible con su sensibilidad para con el sexo hermoso, conservaba cierta compostura, cierto encogimiento y cierta literatura mística que era el encanto de las mamás; de suerte que Payno no era solicitante sino solicitado, introducido en las intimidades, y de una intimidad y de una boga increíble con las polluelas. Ya volveré á ocuparme de Manuel Payno.

Donde se gozaba en toda su sencillez pulcra de la buena sociedad mexicana, era en la temporada de verano en que se trasladaban al campo familias distinguidas; recibían numerosas visitas, se ordenaban almuerzos y cabalgatas, paseos en burros y meriendas, se jugaban alegres juegos á la luz de la luna, y tenía cien mil pretextos el niño ciego para cosechar ilusiones, ensueños, contentos y goces celestiales.

San Angel era considerado como el centro de placeres que ofrecía mayor animación, y, en efecto, pudo contar temporadas deliciosas.

San Angel, como se sabe, es un laberinto de verjeles,

de huertas de aguas cristalinas, de lomeríos pintorescos y paisajes deliciosos; domina el Valle de México y se perciben aéreas arboledas, las torres y bóvedas de la Parroquia y el Carmen y sus edificios blancos y alegres en medio de las verdes milpas, y los visos de oro de sus riquísimos trigales.

Tenía y tiene dos grandes plazas el pueblo: una, la de San Jacinto, hoy poblada de árboles; otra, de los *licenciados*, porque cuatro eminencias del foro poseían las principales casas.

Los pueblecitos que rodean San Angel, son ramos de flores, cestos de frutos, tibores de perfumes, nidos de aves canoras, de encantadas mansiones de delicias.

Tizapán, con sus bosques sombríos de manzanos; Chimalitzaca, con sus indios comedidos y sus jacalitos entre flores; el Cabrío, con sus árboles gigantes y sus cascadas saltando espumosas sobre las rocas volcánicas, sus chocitas en que se vendían quesos y panochitas de leche, la cañada con sus altos muros de enredaderas, mimosas y campánulas, y otros mil sitios de solaz y recreo, atraían año por año concurrencia escogida y numerosa.

Desde los preliminares de la temporada tenían encantos indescriptibles.

Carros en que caminaban de cabeza las sillas; amontonados los colchones y tambaleando biombos y roperos; en alto los plumeros; acurrucados los baúles, y encubiertos los útiles no destinados á la luz pública.

Coches ómnibus con sus cuatro mulas, su cochero

insolente y su sota comunicativo, encerrando una población de chicos, de ancianos, de perros, trompetas y tambores.

Los niños en gran lance campestre, con sus sombreros jaranos y sus calzoneritas de botonadura de plata; las niñas adoptando el rebozo popular sin dejar de lucir sus caracoles; los ancianos con gruesos bastones y sombreros de palma; las ancianas con sus zorongos presuntuosos y sus canastitas con sus novenas, su linimento, su álcali, su opodeldoc y su agua cefálica, articular y de hormigas para los lances imprevistos; los criados atareados en sus cocinas, entre cestos y malletas, llevando el borrego del niño boca abajo y dando alaridos en la cabeza de la silla.

Pero toda la comitiva, riendo y charlando, entablado diálogos con los apuestos jinetes que hacían caracolear sus caballos, escoltando el coche y circulando el jerez, los mamones, las puchas y rodeos, del coche á los caballeros y de ellos á los criados y gente agrupada, que daban tumbos en los carros pereciéndose de risa.

¿Quién es capaz de pintar con su peculiar colorido un paseo en burros? ¿quién una merienda al margen de un riachuelo bajo los sauces? ¿quién un almuerzo en Tizapán con sus mesas tendidas bajo los árboles, con los manteles albeando, los cristales reverberando con el sol, las damas vestidas de blanco y coronadas de rosas, los bailadores como revolando entre las flores y viéndose por los claros del bosque de manza-

nos, ya el edificio de la fábrica de papel, que remedaba el Castillo feudal; ya la cascada precipitándose espumosa y radiante; ya las llanuras, arboledas y acueductos, y en el fondo realzándose en su cielo purísimo la ciudad inmensa con sus torres y miradores, las bóvedas de sus numerosísimas iglesias, sus lagos y volcanes magníficos.

Pero lo más notable y lo de más poderosa seducción para mí, era que, no obstante las pretensiones aristocráticas muy vivas en la época, á pesar de la desigualdad de fortunas y ser mucho menos comunicativa aquella sociedad, era fórmula, axioma y precepto decir: *en la Garita se queda la etiqueta*, y con tal salvaguardia y sin la falta más leve á las conveniencias de la más fina educación, alternaba la gran dama con la rancherita y acogía afable á la indita de quien se hacía comadre; los personajes platicaban con los notables del pueblo, con arrieros y jardineros, y tenían su lugar en las reuniones el hacendado y el ministro, el barbero y el sacristán, el rancherito remilgado y el reverendo carmelita que solía participar de su sabroso arroz de leche y de sus empanadas famosas á los bienhechores de su santa Comunidad.

En las noches eran puntos de reuniones animadísimas las casas de la Sra. Vallejo, de Domínguez y de Cela, de D. José Rivera, de la Sra. Zozaya, de los hermanos Suárez y más tarde de Valencia y Bocanegra.

En esa casa se jugaba malilla y tresillo, se ponían juegos de prendas, se cantaba y bailaba. Sin faltar al-

gún comedido que pusiera un montecito para los señores, lo que era trasportar, sobre todo, á las ancianas, al quinto cielo de la felicidad.

Allí, y en cierta casa que no quiero recordar, era donde se oía invocar á los ojos de Santa Lucía para hacer propicio al dos de oros; allí se apostaba al tres en recuerdo de la Santísima Trinidad, y se clamaba á Santiago para que no retardase el caballo, ó á los dolores y gozos para el siete, ó para el rey, al Santo Rey David.

Paynó en esas tertulias era divino, y como le adornaba verdadera gracia y sumo desinterés y finura, era Manuelito por aquí, Manuelito por allá, y él: mamita, peloncita, esposa y otros dictados de sabrosa familiaridad.

En Tacubaya, Mixcoac, Nonoalco, Coyoacán, San Jerónimo, etc., se repetían las mismas escenas, sin olvidar la deliciosa estancia de Goicoechea con sus jardines encantados y su matrona llena de grandeza, de gracia y talento.

En una noche de luna se reunían tres ó cuatro chicos de buen humor; se procuraban á toda costa unos burros, unos músicos y mi respetable persona, é íbamos de puerta en puerta, excitando, con mis versos improvisados que cantaban los músicos, al paseo, á las chicas, á la condescendencia á los papás, y al regocijo á la turba infantil.

La llegada de las aguas destruía aquellas encantadoras temporadas, y los amantes del placer encontra-

ban consuelo en bailes y tertulias que no escaseaban por cierto.

Entonces estaban en todo su auge las cuadrillas en los grandes salones. Ese baile hacía uno ó dos años lo había importado de Europa Juan Gamboa y lo secundó para su propaganda Salvador Batres, jóvenes que eran joyas de la sociedad de México.

Juan Gamboa descendía de la distinguida familia del oidor de este apellido: era muy elegante y hermoso; personificaba en su pureza las modas parisienses. La madre de Gamboa era un tipo de lujo, de buen trato y de despreocupación en cuanto á usos y trajes, y el padre muy fino y comunicativo; tenía gran fama su mesa, y se contaba, entre sus títulos, ser autor del injerto que produjo la *pera gamboa*, dando realce á sus cualidades personales su empleo de Director del Montepío. Con motivo de un opúsculo en que quiso probar que todo lo podía el dinero, aludiendo á que era cojo, le compusieron la siguiente cuarteta:

Si tanto puede la plata,  
si es tanta su suficiencia,  
Manuel, haz la diligencia  
que te enderecen la pata.

La aparición de las cuadrillas fué un acontecimiento trascendental; sufrieron derrota completa los walses gravadosos que sucedieron al del *Amor* y á las *boleras* que como el Minuet, *el ole* y el *campestre* quedaron relegados al teatro y desaparecieron con las vistosas con-

tradanzas de figuras, tormento de los ingenios pedestres.

Es de advertir, que, en materia de bailes, había una división completa, acentuada con las enaguas y la chaqueta y las calzoneras por una parte, y los tunicos, tocados y guantes por la otra.

En la primera se bailaban jarabes, y sonecitos como *el dormido, el perico, el malcriado, el aforrado tapatio*. En el segundo, walses y cuadrillas, sin desdeñar el intermedio la *petenera*, que llegaba perfumada con las brisas de Veracruz y el liquidámbar de Jalapa, ó el Oudú que se prestaba al lucimiento de cuerpos airosos y de figuras provocativas. Pero en la mayor parte de los bailes, se aislaban las parejas, no había comunicación, la mayoría de la concurrencia quedaba en expectativa silenciosa, divididos hombres y señoras, con las ancianas durmiendo y los cócoras á la puerta.

Las cuadrillas son populares, convierten en actores á los concurrentes; mientras unas parejas bailan, las otras platican, admiten gente de todas edades y condiciones y encubren paridades que dejan al descubierto los otros bailes.

Por regla general, el que quiera en México distinguir á la primera ojeada un baile de gente bien educada y uno de cierto pelo, fíjese un momento: si la gente platica, ríe ó se comunica, es gente fina. El bailador de cierto pelo toma el baile como por tarea, suda y se afana como leñando ó dándole á una bomba; al descansar se ensimisma, arregla su corbata, adopta posturas académicas, ve al techo y se ajusta los guantes; ella compo-

ne su tocado, ve al espejo y hace inventario de los trajes y adornos de las que provocan su envidia.

De todos modos, las cuadrillas fueron la gran revolución de los salones y llevaron al pináculo del renombre á Gamboa, Batres, Dávila, Cazarín, Nacho Peña, Algara, Arrangóiz, los Escandonos y otros jóvenes elegantes.

Primero, sólo se bailaban Cuadrillas francesas y lanceros, y después se variaron las figuras y hubieron persas, griegas, mexicanas y no sé cuántas más.

Explicándolas todas perfectamente con su parte histórica y sus requisitos esenciales, publicó un cuaderno mi amigo D. Domingo Ibarra, que era solicitado con ahinco por todos los adoradores de Terpsícore.

Había en abundancia bailes caseros, y los de *escote* comenzaban á hacerse de moda entre los *pepitos* de escasa fortuna.

El baile casero, el característico de la clase media, era el de vivienda principal ó interior de la casa de vecindad, y se formaba con motivo de natalicio, cantamisa ó llegada de pariente foráneo.

Figurémonos una casita con su pequeño corredor, con su suelo encarnado y sus paredes pintadas al fresco con arboledas, lagos con sus ánsares, cazadores y parejas en pláticas sabrosas; el corredoreito estaba lleno de macetas con *manto de la Virgen, chinós y rosas*; pendían de su techo jaulas con zenzontlis, gorriones y canarios, y lo adornaba un aro con vidrios que sonaban con el viento.

En la sala pequeña con friso vistoso y guardapolvo, se admiraba en la pared del estrado ya una Dolorosa, ya la Virgen de Guadalupe, ya un Eterno Padre con su mundo en la mano, ya un San Juan Nepomuceno con la lengua en idem.

Eran de rigor por lo menos dos nichos en las rinconeras con su Divino Pastor y sus borreguitos primorosos, ó una Purísima con su resplandor y su vestido blanco y azul, bordado en la casa con especial devoción.

Completaban el adorno camapés con guardapolvo, silloncitos de tule, un petatillo con ribetes de orillo y escupideras de hojalata ovaladas y hechas criba en la tapa.

Las damas, por regla general, vestían carranelán ó muselina, usaban peinetas de olla de gafos ó de teja, y calzaban mahón ó raso con restirada media de seda ó hilo.

En los jóvenes comenzaba á iniciarse la raya abierta, el pantalón de boca de clarín y fraquecito con botón dorado.

La concurrencia era por demás heterogénea y peculiar. La parienta cercana de la condesa y el hijo sacrilego del comendador, la niña beatita con vocación de monja y el vástago de los héroes de la Acordada, cuyo padre, curtidor, se hizo rico con el saqueo y se hombreaba con Pepe del Río y con Farías. El fraile director de conciencia, y el militar retirado que contaba con sus pelos y señales la acción de Arroyohondo y la batalla de Peotillos.

Era no sólo permitido, sino que amenizaban mucho esas funciones, un tocador de vihuela como Dueñas, Garduño ó Simón Vivian, un chistoso que representaba con dientes de cáscara de naranja, un niño que remedaba la flauta, enclavijando las manos, ó una polluela que cantaba *El susurro del viento* ó la *pose* con exquisito primor.

La gente de la vecindad aeudía, circulaban platonos con puchas, rodeos y queso, pasaban de mano en mano copitas con rompopo y con licores; los papás llevaban á sus chicos en los brazos, las mamás *sanfaçon* daban el pecho á sus rorros, bailaban sus jarabes los criados, y se servía en lo privado al sacerdote su cena con su pollo asado, su mole y sus frijoles gordos para no interrumpir su método y dejar sin misa á los fieles.

En cuanto el baile á escote, era otra cosa.

Se promovía por lo común entre gente de escaso presupuesto, pero alegre y de temperatura erótica; subalternos hasta de ochocientos pesos, hijos de Marte, hasta tenientes; colegiales hasta primer año de leyes; alumnos de Esculapio, hasta practicantes de San Juan de Dios ó de San Pablo; dependientes de cajón de ropa, hasta diez y seis ó veinte; y tenderos recién venidos con la bendición paternal de Marañón, Portillo ó D. Lucas de la Tijera.

Escurríanse en estas reuniones con facilidad suma algún hijo de casa grande atrasado y perdulario, ó un sobrino de cura, votador de dinero y arriesgado, ó al-

guna zurrapa de la curia, asesor oficioso de drogueros, de matrimonios desastrados y de jóvenes seducidas.

Este enjambre de chicos de buen humor atisba, y descubría al fin una anciana de media vida, con hijas atrancadas en la virginidad de puro feas, afecta á zurcir voluntades, y con un marido dulce y alegrón que había resignado en manos de su adorada mitad las riendas del gobierno.

Conseguidos los empresarios y el salón de baile, se fijaba día, se señalaba el número de contribuyentes y el escote. . . . . y á gozar.

En esas tertulias se confeccionaban compadrazgos y Posadas, excursiones á Santa-Anita é Ixtacalco, paseos en burro y meriendas de tamales y atole de leche. En ellas se comprometían las rifas de camisas con deshilados y randas preciosas, y se ajustaban matrimonios. . . . . y demás por aquello de que "la mujer y la gata es de quien la trata," y que "la ocasión hace al ladrón" ó de que "al arca abierta el justo peca."

Estas tertulias periódicas podían llamarse de dos vistas, de un lado el baile, las caravanas y los obsequios de sangría, anicete, ponche y rodeos, y del otro, celos y jaquecas, nervios y cuchicheos, reticencias de papás, y crónica y chismes de viejas santurronas, de lenguas que acomodaban malicias y delaciones como granos de dinamita en las profundidades del secreto y de los escrúpulos de conciencia.

Los bailes de escote que se disponían en las Academias de baile como de Espino, de Marchena, etc., tenían

otro carácter y no aluden á ellas las descripciones anteriores.

Abro en este lugar un largo paréntesis para que en él quepa y macolle un recuerdo, que no viene al caso, intempestivo y escurridizo probablemente, equivocado é intruso; pero que me surge, me subyuga y al que no puedo resistir.

Ni reconoce encadenamiento ni le encuentro fecha cierta, y sin embargo ó lo pongo aquí ó no puedo seguir. Hace el efecto en mí que una mosca terca en la punta de mi nariz, ó que un cabello atravesado en los puntos de mi pluma, ó que el desesperado chillar de un rorro cuando busco anheloso un consonante que no puedo encontrar, ó cuando da en chirriar un carro cuando quiero seguir con delicia las armonías de una cajita de música.

Este hecho, que no puedo recordar con exactitud á qué época pertenece, es el de la famosa lucha *de un Torito mexicano contra un tigre africano*.

El empresario de la Plaza de Toros de San Pablo, hombre despabilado y de recursos, como ahora se diría, se halló, cuando menos se lo pensaba, un tigre de veras con su piel pintada y sus ojos de llama; sus afiladas garras y su rugir feroz.

Y el que había agotado las corridas de galgos y liebres, que había soltado á los toros bulldogs tremendos para solaz de la multitud, que era sin par para *huenches* en burro y á pie, palos ensebados, barriles y suertes mortales, se encontró un tesoro con poder anun-

ciar con inaudito escándalo la lucha del toro y el tigre.

Como un reguero de pólvora recorrió la noticia los barrios todos de la ciudad, y lo mismo en la escuela que en el taller, lo propio en las oficinas que en las sa-cristías, se altercaba, comentaba y predecía la noticia y el éxito probable de la lucha.

En el centro de la plaza de toros se construía con afán desusado una jaula circular de vigones enormes enterrados en el suelo y ligados con cables y cadenas; la jaula se comunicaba con el toril por un pasadizo cubierto y que ofrecía toda clase de seguridades.

El entusiasmo de la gente no conocía límites, se inventaban estampas y llovían versos; puestos y vendimias se contruían en la exterior de la plaza y alcanzaron precios fabulosos los boletos de las localidades más incómodas y plebeyas.

El empresario no pudo resistir á que se expusieran los luchadores á las miradas del público ansioso en los departamentos respectivos.

Con la tropa conveniente y el orden más estricto, recibieron los personajes del duelo forzoso el culto público de la capital.

Aquellas entrevistas, aquella contemplación de las fieras produjeron efecto singular.

Crearon partidos, despertaron simpatías vivísimas ya por el toro, ya por el tigre, convirtiéndose, sin saberse cómo, en remedo de insurgentes y gachupines, como un duelo entre Calleja y Guerrero, y aquello fué una gloria.

Cada fiera tuvo su cohorte que daba cuenta de supo-

sición, del estado de su salud y de su tristeza y alegría. Al toro mexicano los *léperos*, á su modo, se esforzaban por hacerle comprender que le estaba encomendada la honra nacional.

Las chinas encomendaban á Dios al torito, y si hubieran podido le habrían llenado de estampas y escapularios.

Los altercados entre la gente del bronce terminaban en riñas feroces, como si se tratase de discípulos de los futuros guerreadores.

Llegóse por fin el gran día: en las gradas, lumbreras y tendidos, se presentaban las hileras como macizas; como por bloks centelleaban millares de ojos, se destacaban figuras en todas actitudes, se balanceaban del tendido bustos y piernas, en el sol, entre toldos, paraguas y sarapes colgados para modificar sus ardores.

Y en la sombra, levitones y calzoneras en primer término, y ascendiendo, plumas, entorchados y encajes, joyas y sedas hasta rematar con mosaicos de tápalos de riquísimos colores.

La inquietud era febril y la música hacía surgir sus acentos metálicos de entre voces que como que los sofocaban con poder tangible y material.

Los diez mil espectadores parecía que se habían convertido en estatuas al cesar la música.

El tigre, sea porque no tenía conciencia de su papel, sea por lo bien hallado que se encontraba en aquel espectáculo, sea porque con imprudencia se le condenó á riguroso ayuno, estaba tristón y meditabundo. . . .

El toril se abrió, y atravesó rápido el pasadizo descrito el toro más listo, más hermoso y simpático de cuantos había producido la famosísima hacienda de Atenco.

A la entrada á la jaula se admiró al bicho en su soberbia belleza: cuernos pequeños y relucientes, orejas inquietas, ojos de fuego, ancho y chino morrillo, flexible lomo, cola azotadora. La multitud, al verlo, prorrumpió en tempestuosos aplausos.

El tigre vió con desprecio la llegada de su adversario; pérfido y como dormitando dejó pasar al toro; pero de repente un rugido espantoso y un salto tremendo anunciaron al terror de los bosques de Oriente; el tigre cayó sobre un lado del toro trepado sobre él enterrándole sus garras, haciendo brotar sobre su negra piel chorros de sangre. . . .

Rengueaba moribundo el noble toro, mientras los ojos del tigre despedían llamas y embarraba su hocico con siniestro gruñido con la sangre de su víctima.

La música clamoreaba no se qué de feroz alegría. La multitud abandonó sus puestos sin que se le pudiera contener, cercó la jaula y alentaba al toro con gritos, con súplicas y con ardientes lágrimas.

El toro parece que comprendió. . . . y por un esfuerzo terrible, inexplicable, súbito y. . . . acaso pudiera decir sublime, se sacudió impetuósísimo, desencajó al tigre de sobre sus lomos, lo derribó, y rapidísimo. . . . más rápido que el más veloz relámpago, hundió una, y diez, y mil veces sus aceradas astas en el vientre del tigre, regando sus entrañas por el suelo y levantando

después su frente que aparecía radiosa con aquella inconcebible victoria.

La erupción del entusiasmo entonces causaba terror: era el derrumbamiento de un mundo, era la mar en su furor más pronunciado y terrible: lloros, gemidos, aullidos, alaridos espantosos hacían temblar la plaza. . . . las cabezas formaban oleajes, el estampido de millares de voces no se semejaba á nada humano y conocido.

Sin saber cómo ni de dónde aparecieron flores y listones que caían como ráfagas de lluvia sobre el toro, al que le decían piropos, le tiraban besos, lo querían retratar; . . . y el toro sangrándose. . . . parecía un monarca, no por otra cosa, sino por la silenciosa majestad con que recibía los homenajes de su pueblo. . . .

Una reunión considerable de personas se acercó al empresario pidiendo le permitiese pasear en triunfo al toro que había elevado tan alto el nombre mexicano. Se accedió, y entonces un paseo triunfal que no habrían desdeñado los Emperadores Romanos, se verificó, exhibiendo al toro entre vivas, músicas y cohetes por el espacioso barrio de San Pablo, mansión, palenque y teatro de glorias de la flor y la nata de la gente de bronce.

Algún tiempo después de este suceso, se veían en muchas pulquerías, cuadros al fresco representando la lucha descomunal del Torito Mexicano y el Tigre Africano.